

Migraciones, vivienda prehispánica y colonial en el Valle de Aburrá*

Juan David Chávez Giraldo

(Colombia, 1966-v.)

Arquitecto de la Universidad Pontificia Bolivariana, Magíster en Historia del Arte y Doctor en Artes de la Universidad de Antioquia. Diseñador en su estudio particular. Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia y Asociado de la Universidad Pontificia Bolivariana. Autor de varios libros, capítulos y artículos; acreedor de premios, menciones y reconocimientos y ganador de algunos concursos de arquitectura.



Resumen

Este trabajo presenta de manera sucinta la relación entre las migraciones y la vivienda prehispánica y colonial en el Valle de Aburrá. A partir de los registros arqueológicos, las crónicas y la literatura, se muestra que tanto el tipo de la cabaña prehispánica como la casa colonial de patios poseen una estructura vertical simbólica invisible que alude a la interconexión dimensional entre el inframundo, el supramundo y el mundo de los mortales, para otorgarle al hogar un sentido espiritual y numinoso que inicialmente cobra sentido mágico en el ámbito indígena, y en la colonia adquiere rasgos estéticos trascendentales.

Palabras clave

Casa, desplazamiento, migraciones, Valle de Aburrá, vivienda colonial, vivienda prehispánica

*Algunas ideas de este ensayo tienen origen en Chávez (2017).

Introducción

El Valle de Aburrá está ubicado en el departamento colombiano de Antioquia y alberga el Área Metropolitana que posee su mismo nombre —conformada por los municipios de Barbosa, Girardota, Copacabana, Bello, Medellín, Itagüí, Envigado, La Estrella, Sabaneta y Caldas—; constituye un área de gran complejidad físico-espacial y social. Desde los primeros poblamientos registrados aparecieron dinámicas de movilidad que determinaron su evolución; se sabe que fue habitado por indígenas que visitaban zonas cercanas y que fue ocupado luego por otros grupos que se mezclaron con sus habitantes nativos; de hecho, “mucho antes de su fundación ya era claro el proceso migratorio que traía al Valle de Aburrá, y específicamente a la parroquia de San Lorenzo, a un número cada vez mayor de pobladores” (Álvarez, 1996, p. 61), desde los españoles en el siglo XVI, pasando por los criollos de Santafé de Bogotá, Mariquita, Tunja, Santa Fe de Antioquia y Cartagena en el siglo XVII, hasta los más recientes venidos por diversas razones, entre las que cabe mencionar la atracción por la industria en el siglo pasado y por otras actividades económicas, así como por el desarrollo social y urbanístico en el nuevo milenio.

Una buena parte de estos desplazamientos en los últimos cien años han sido de naturaleza forzada y se han originado en la violencia generalizada en el país, la disputa entre bandas criminales, la venta de drogas ilegales, las extorsiones y la delincuencia común. Pero también se han presentado migraciones internas entre barrios o municipios con el propósito de mejorar la calidad de vida. Las condiciones naturales del valle lo hacen especialmente atractivo —temperatura promedio de 23 °C, altitud media de 1475 m s. n. m., precipitaciones entre 1400 y 2700 mm/año, vientos controlados por el sistema montañoso y suelos de formación aluvial con riesgo sísmico medio—. Hasta hace poco, estas características eran bastante estables y muy aptas para los cultivos y la cría de ganado, aunque en los últimos años se han visto afectadas por el cambio climático.

Ahora, la historia arquitectónica en este valle muestra cuatro fases fundamentales en su desarrollo, vinculadas a sendos tipos arquitectónicos domésticos que han brindado cobijo a todos los grupos sociales sin diferenciar su ubicación: la cabaña primitiva prehispánica, la casa de patios, la casa moderna y la torre de apartamentos. En este texto se expone el vínculo de los dos primeros tipos con los migrantes que contribuyeron a su consolidación y caracterización, así como otras dinámicas de movilidad asociadas al hogar.

El período prehispánico

Como se mencionó, ya desde los primeros registros del poblamiento del valle se tienen noticias sobre migraciones. Los primeros habitantes poseían, al igual que los del resto del país, un origen nómada. Aunque hay teorías sobre un posible poblamiento con humanos americanos, la idea más aceptada es que el hombre no es originario de América, sino que llegó por una o varias migraciones: asiática, malayopolinesia, australiana y esquimal, además, los hallazgos arqueológicos más antiguos muestran que el poblamiento fue muy próximo a la aparición del *Homo sapiens* (Fiedel, 1996, p. 102).

Las fechas más remotas sobre lo que actualmente es Colombia corresponden a unos 16000 a. p., cuando llegaron migraciones terrestres desde Panamá, Ecuador y Perú, y marítimas desde Centroamérica (Cardich, 2003, p. 474). Aquellos primeros nómadas recorrieron el territorio en busca de alimento y construyeron campamentos temporales con elementos vegetales cerca de las fuentes de agua. De esta manera llegaron al privilegiado Valle de Aburrá en el período Paleoindio, correspondiente al Paleolítico Superior. Posteriormente se asentaron al lograr la domesticación de especies vegetales hacia el 6000 a. de C., para ir conformando comunidades agroalfareras hacia el nivel Formativo, que luego evolucionaron en cacicazgos. En Antioquia se dio una ocupación precerámica y una posterior distinguida por la cerámica cancana entre el cuarto y el segundo milenio a. de C. Los agroalfareros tempranos tuvieron dos etapas: Ferrería y Marrón Inciso o Pueblo

Viejo. La primera fase, ubicada entre el siglo v y el iii a. de C., toma el nombre del barrio donde se hallaron sus primeros vestigios en Itagüí; la segunda se refiere a un corregimiento de La Estrella donde fueron encontrados los primeros restos.

Antes de la llegada de los españoles, en el valle habitaban indígenas itagüí, niquía, aburrá y bitagüí pertenecientes a la familia nutabá de ascendencia chibcha. Los hallazgos de mayor antigüedad en esta geografía datan del 10 600 a. p. en el sitio La Morena, Envigado (Santos, 2010, pp. 22-24) y del 10 500 a. p. en el paraje de Niquía, Bello (Castillo, 1996, p. 47); ambos corresponden a grupos nómadas recolectores que con el tiempo se implantaron definitivamente atraídos por las condiciones climáticas y de fertilidad de los suelos, adoptando abrigos elementales para su protección hacia el 5500 a. p.

Aquellos cobijos básicos fueron consolidándose hasta convertirse en cabañas de planta circular con estructura de madera rolliza y techumbres de paja. El tipo se dispersó por todo el valle y conformó agrupaciones con lazos consanguíneos. Con una geometría básica, pero rica en simbolismos, la cabaña constituía un espacio mental conectado con la Tierra —lugar de los antepasados y del inframundo—, con la superficie terrestre —dimensión de los mortales— y con el Cielo —universo de los dioses— mediante sus tres franjas espaciales: el soporte empalizado en contacto con el suelo, el recinto de habitación con el fuego del hogar, y la cubierta, que tenía en su parte más alta una coronación a manera de conexión metafórica con el infinito. El tejido de paja de la cubierta se hacía en espiral ascendente reproduciendo el movimiento de los astros y del tiempo cosmogónico que, a manera de bucle, fluía entre los diversos planos dimensionales. La choza también replicaba la conformación básica del cuerpo humano: cabeza, tronco y extremidades, lo cual contribuía con la concepción fractal y multidimensional que se repetía desde los volantes de huso hasta las capas superiores del cosmos, pasando por los utensilios, la cerámica, las urnas funerarias, las tumbas y las casas. La choza tenía

pues un sentido mágico por ser considerada punto de unión entre lo superior, lo humano y lo inferior; además reproducía el mito de la creación otorgándole poder a su sentido sagrado e imponiéndole una profunda espiritualidad al espacio doméstico.

Un elemento que tiene especial interés para este texto es que algunos de los sitios prehispánicos de grupos sedentarios, que han sido explorados, han mostrado evidencia de ocupación en tiempos de corta duración que sugieren migraciones estacionales dentro de la misma batea geográfica, y no en pocas ocasiones delatan reocupaciones posteriores evidenciando ciclos rotatorios asociados a la explotación de los recursos naturales. Un ejemplo representativo de esta situación es lo ocurrido en el sitio La Blanquita, Medellín, donde se encontraron rastros cerámicos de seis grupos diferentes con ocupación secuencial de forma continua desde el 5720 y el 3000 a. de C. Y otro caso es el rescate de una tumba de cancel en El Escobero, Envigado, que demuestra interacciones entre grupos Marrón Inciso de la región del Cauca Medio con los del valle (Santos, 2006).

Para finalizar este primer aparte es importante tener en cuenta que la mencionada ocupación Marrón Inciso se extendió prácticamente por todo el valle con asentamientos tempranos y tardíos en Barbosa, Girardota, Copacabana, Medellín, La Estrella e Itagüí. Esta ocupación se ubica entre el siglo iii a. de C. y el vii d. de C. (Castro, 1988, p. 164), traslapándose en el tiempo con el estilo Ferrería, lo que ha dado lugar a varias hipótesis: que ambos grupos coexistieron como sociedades diferentes, que el grupo Marrón Inciso desplazó progresivamente el Ferrería, o que era un mismo grupo con dos estilos.

La colonia

Según la narración hecha por el cronista Pedro Cieza de León, “cuando en este Valle entramos con el Licencia Juan de Vadillo estaba poblado de muchas casas muy grandes de madera, la cobertura de una paja larga”

(Piedrahita, 1975, p. 9). Además, como se puede constatar aún en algunos parajes, estaba surcado de caminos pétreos de gran calidad que conectaban con otras regiones y conducían hasta Centroamérica y Perú. Diversas crónicas, incluyendo las del mariscal español Jorge Robledo, y los estudios recientes, dan cuenta de la cantidad y complejidad de la red, que confirman los intercambios culturales, así como las migraciones humanas con campamentos provisionales de paso entre la cuenca de Rionegro, la del Cauca y con el valle medio del río Magdalena. Los trazados, la amplitud y las obras complementarias de estos caminos permiten deducir dinámicas muy importantes de viajeros, lo cual respalda la idea de que el valle, por su ubicación, era un centro de confluencia de desplazamientos humanos con rasgos rituales y simbólicos muy significativos.

Ahora, en el Valle de Aburrá se dio un poblamiento indígena tardío hasta el siglo XVI, cuando llegaron los españoles con sus preceptos de adoctrinamiento y sus poderes de conquista en nombre de Dios. La destrucción de todo vestigio cultural, los malos tratos, los suicidios colectivos, la depresión y las enfermedades importadas del Viejo Mundo llevaron prácticamente a la desaparición de los pueblos ancestrales, o los obligaron a replegarse a parajes alejados con condiciones adversas para su supervivencia. Estas migraciones pueden considerarse un presagio del devenir poblacional del valle, cuyos habitantes han estado sometidos en numerosas ocasiones a violentas condiciones sociales que han conducido a desplazamientos forzados, dentro y fuera de este contexto.

Hay que tener en cuenta que quienes vinieron a América desde la incursión del almirante Cristóbal Colón hasta principios del siglo XVI ni sabían que habían llegado al Nuevo Mundo. De los conquistadores que pisaron el que luego sería el Nuevo Reino de Granada, el 91% eran españoles, había once portugueses, cuatro franceses, tres alemanes, dos italianos y dos flamencos, y tenían veintisiete años en promedio (Avellaneda, 1996, p. 52). Cada uno tendría sus propios intereses de conquista, pero los cobijaba la cesión de bulas del papa

Alejandro VI que otorgaba dominio español sobre las tierras americanas condicionado a la evangelización de los nativos a la fe católica, lo que justificaba todo tipo de violencia y sometimiento, hasta la muerte si era necesario.

La conversión de los indígenas se hizo por dos vías: una basada en la amistad, el adoctrinamiento y la defensa de sus derechos; la otra, autoritaria, persuasiva, castigadora y ejemplificante. Ambas obedecían la misión catequista que ordenaba la expulsión del demonio y la destrucción de casas y sitios ceremoniales por ser recintos diabólicos, para establecer a cambio la ciudad como modelo territorial centripeta, de orden, conquista y gobierno. De tal manera, en la actual Colombia se tuvo un período inicial de urbanización¹ entre 1500 y 1515 con campamentos de base para las tropas; en ese lapso se establecieron los poblados de San Sebastián de Urabá y Santa María la Antigua del Darién en el Golfo de Urabá, que no pervivieron por diversos motivos. Un segundo período se dio entre 1515 y 1535 en el que se fundaron Panamá, Cartagena y Santa Marta como ciudades militares. Luego se inició la incursión hacia el interior buscando oro entre 1535 y 1570, en la que algunos poblados indígenas sirvieron de base para la campaña de conquista; de este período surgieron, entre otras, Pasto, Cali, Popayán, Tunja, Pamplona, Santa Fe de Bogotá, Neiva, Mompox, Villa de Leyva y Buga; y de la cruzada de Jorge Robledo, que se aproximó al Valle de Aburrá en 1541, se crearon Cartago, Arma, Marmato, Caramanta, Supía y Santa Fe de Antioquia.

Estas poblaciones se hicieron inicialmente con base en las recomendaciones del rey Fernando de Aragón y en la reproducción del urbanismo europeo, en especial el de la meseta española, ya que el 27% de los conquistadores llegados de España eran andaluces, otro 27% castellanos, 13% extremeños y 10% leoneses (Avellaneda, 1996, p. 52). Aquí debe tenerse en cuenta

¹ Como proceso de urbanización se entiende aquí la instalación concentrada de poblaciones en estructuras físicas conformadas por construcciones y espacios públicos vacíos (calles, plazas y plazoletas), distribuidos geoméricamente bajo un principio ordenador sobre un territorio.

que los migrantes llevan entre su equipaje los modelos mentales de vida originarios, entre los que figuran los tipos arquitectónicos y tratan de establecerlos en los nuevos destinos para conformar mundos familiares. Luego se aplicaron las *Leyes de Indias* promulgadas por el rey de España Felipe II en 1573, publicadas en 1680 y llegadas a Medellín desde Santa Fe de Bogotá en 1716 gracias a una colecta hecha por el Cabildo (Rodríguez, 1992, p. 71); esta legislación regulaba la vida social y política en nueve libros, siendo el tercero el que aborda los descubrimientos y las conquistas territoriales, las normas de población, el reparto de tierras, las obras públicas, la minería y la fundación de ciudades, villas y pueblos. Los otros textos que contribuyeron con la caracterización estilística y decorativa de la arquitectura colonial en los dominios españoles de América fueron *Medidas del romano*, libro de teoría arquitectónica escrito por el arquitecto español Diego de Sagredo en 1526, que incluye, entre otros aspectos, referencias a los autores bíblicos, griegos y romanos, una reflexión sobre el texto de Vitruvio² y análisis formales de los órdenes clásicos y de otros, y el *Tratado de los cinco órdenes de la arquitectura* del arquitecto italiano Jacopo Vignola publicado en Roma en 1562 y basado en el mencionado libro de Vitruvio.

Ahora, en términos más específicos, los españoles asentados en el valle en los siglos xvii y xviii eran fundamentalmente vascos, aunque también hubo asturianos, andaluces, castellanos, extremeños, galicianos y navarros, que se sumaron a los mestizos y criollos nacidos en él en la segunda mitad del siglo xvi (Bernal, 1980, p. 31 y Rodríguez, 1992). Pero los conglomerados del valle eran muy elementales y pertenecían a la última de las categorías de las poblaciones españolas de América, cuyo orden era: fuertes militares, puertos de enlace, escalas de caminos,

² De *Architectura*, conocido como *Los diez libros de la arquitectura*, es el tratado de arquitectura más antiguo que se conserva y el único de la Antigüedad clásica, escrito aproximadamente entre el 27 y el 23 a. de C. Se imprimió por primera vez en Roma en 1486 constituyendo los principios básicos de la arquitectura renacentista. Contiene la fórmula de la calidad arquitectónica de la triada *firmitas, utilitas y venustas* (solidez, utilidad y belleza).

centros militares y políticos, mineras, fundadas sobre un asentamiento indígena, y misiones y reducciones de indios, de las cuales se establecieron unas pocas en el valle. Al principio todas eran solo caseríos con entre diez y treinta fundadores que habitaban en casas pajizas dentro de una retícula de unas seis manzanas con un templo hecho de materiales perecederos.

Con el paso del tiempo, y según la evolución de cada poblado, algunos se fueron consolidando y adquiriendo la tectónica propia de ciudades pequeñas de rasgos españoles con casas ordenadas en torno a patios. Pero en el caso del Valle de Aburrá la apropiación colonial del territorio se dio antes de la fundación de poblados, ya que fue ocupado inicialmente por hatos que concentraban pequeños nodos de población: el potrero de Barbosa, La Tasajera, Fontidueño y Hatoviejo (actual Bello), el sitio de Aná, el pueblo de San Lorenzo, el sitio de Guayabal, el de La Culata, Santa Gertrudis (actual Envigado) e Itagüí.

Respecto al tipo patial, debe anotarse que no era exclusivo de España ni fue creado allí, sino que, como arquetipo, tuvo un origen múltiple y ancestral, producto de mixturas culturales y transformaciones durante muchos años. Al parecer, su origen se remonta a los orificios ubicados en la parte alta de las cabañas primitivas para la salida de los humos del hogar, que progresivamente fue creciendo hasta convertirse en núcleo articulador de los recintos y que mantuvo el sentido simbólico de conexión con el Cielo y con los mundos y seres asociados a él. Valga decir que construcciones de patios se encuentran en diversas latitudes, incluso en algunas mayas y aztecas prehispánicas avanzadas. La línea genealógica del patio español que llegó a América tiene ascendencia griega con contribuciones romanas, etruscas, persas, cretenses, micénicas, fenicias, árabes y musulmanas, que a su vez recibieron influencia de numerosos pueblos y migrantes.

La incipiente cultura de los siglos xvi y xvii en los virreinos de Nueva España y de Perú era una deriva de la española, cobijada por un manto espiritual enfocado

en la fe sin inmiscuirse en los debates europeos entre ciencia, filosofía y política. La población estaba protegida por la monarquía, a la cual servía en beneficio del reino de Dios, en un medio precario, pobre, rodeado de selvas y de “endemoniados indígenas” —que ya eran muy pocos, balbuceaban español y asistían a los ritos cristianos—. Esto impuso una vida recatada conservando las buenas costumbres y preparándose para la eternidad en un ambiente familiar de casas ordenadas, limpias e introvertidas, para lo cual el tipo de patios era perfecto.

Pero la instauración del reino de Dios en el Valle de Aburrá fue lenta y tardía comparada con los principales centros del continente, que de por sí apenas eran un leve eco cultural de la Europa renacentista. La primera incursión de los españoles en el valle fue en 1541, cuando el capitán Jerónimo Luis Tejelo llegó por Heliconia hacia la actual zona de Itagüí y Guayabal, enviado por Jorge Robledo, quien estableció su cuartel general en el sitio de Pueblito. Los españoles bautizaron este paraje con el nombre de Valle de San Bartolomé de los Alcázares por ser aquel el día del apóstol. Según las crónicas, el capitán divisó el mismo día de su llegada los bohíos nutabes dispersos por todo el valle y un caserío en las riberas de la quebrada Santa Elena o Aná. Como las leyes impedían que los libres habitaran en los resguardos, el primer conglomerado de habitantes no indígenas lo instalaron los hombres que Robledo había dejado en aquel caserío, pero esas construcciones desaparecieron al ser abandonadas por los españoles.

Las primeras mujeres europeas llegaron al valle en 1546, cuando Robledo regresó con el título de mariscal, con sus poderes sobre estas tierras y con su esposa María de Carvajal, acompañada de sus hermanas Francisca y Leonor y de otras doncellas. Al año siguiente, el primer gobernador de Antioquia, el español Gaspar de Rodas, solicitó al Concejo de la Villa de Santafé de Antioquia una concesión al norte del pueblo de los aburráes. En 1551 las tropas de Francisco Núñez Pedroso realizaron una visita al valle, cuando estaba todavía ocupado solo por indígenas, pero no hay

evidencia de que hubieran permanecido. Todo parece indicar que en la etapa de la conquista y los primeros años de la colonia había muy pocas mujeres blancas en el valle (Sierra, 1980, p. 68), lo que favoreció el mestizaje y el mulataje; aunque, posteriormente, lo común fue que los españoles contrajeran nupcias con mujeres de la ciudad (Rodríguez, 1992, pp. 141-168). No obstante, al principio de la colonización “los españoles tenían varias indias como esposas. Álvarez de Toledo habla de español que tenía hasta treinta concubinas (Encina, *Historia de Chile*) [...] casando a las hijas con españoles recién llegados de Europa” (Bernal, 1980, p. 27). Además, las crónicas narran los múltiples contactos que los soldados españoles tenían con indias durante sus incursiones, lo que contribuyó al mestizaje.

Sin embargo, el proceso de colonización del valle se inició propiamente hacia 1580, cuando se le otorgó el primer título de propiedad al entonces obispo de Cartagena, el español Juan Daza. Pero el principal colonizador fue el mencionado Rodas, quien dio varios títulos en su calidad de gobernador y poseía una encomienda de indios. Aquí cabe anotar que, según Navarro del Castillo, cerca de doscientos ochenta ciudadanos de la Medellín ubicada en España se embarcaron en la empresa conquistadora y colonizadora ([https://es.wikipedia.org/wiki/Medell % C3%ADn_\(Espa%C3%B1a\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Medell%C3%ADn_(Espa%C3%B1a))), y aunque no se conoce su destino final específico, es muy probable que fueran las ciudades homónimas fundadas en México, Argentina y el Valle de Aburrá.

En el siglo xvii hubo un repunte poblacional en la América hispana acompañado de cierto crecimiento económico agrícola y minero, renglón este en el que se destacó Santa Fe de Antioquia en el contexto regional, lo que le permitió una importante prosperidad local; fue así como se fundó Copacabana en 1615, en 1616 el primer caserío de lo que sería Medellín con el nombre San Lorenzo de Aburrá, en 1620 Girardota, y a partir de 1630 formaron La Tasajera (Copacabana), Aná y La Culata (en el posterior San Cristóbal), Itagüí y Santa Gertrudis (en lo que luego sería Envigado), Hato Viejo (en el actual Bello), Guayabal y luego Hatogrande (en

Girardota), La Estrella, Belén y La Granja (en lo que después se denominó La América). Para sintetizar el proceso histórico, vale mencionar que, luego de varios traslados, refundaciones y cambios de nombre, se fundó oficialmente a Medellín mediante Cédula Real de 1674 en el sitio de Aná, donde se contabilizaban “más de treinta familias de españoles y otras tantas de mestizos y mulatos” (Rodríguez, 1992, p. 39). En un censo del año siguiente figuran 3500 habitantes en todo el valle; en 1676 se fundó Bello, y en la década de 1680 los primeros colonos de Medellín llegaron al actual Envigado. A finales del siglo xvii todavía había casas de nativos en la plaza de la recién creada Villa de la Candelaria, lo que obligó al Cabildo a comprar las propiedades y trasladar a los indios al resguardo de San Lorenzo de Aburrá, que se había constituido con ochenta individuos, y en 1685, los pocos que quedaban fueron trasladados a la doctrina³ de La Estrella. Ya en 1743 se fundó Itagüí y solo en 1745 los techos pajizos del marco de la plaza de Medellín se empezaron a cambiar por tejas de barro (González, 2008, p. 34).

La irrupción de los ibéricos impidió el desarrollo de las culturas prehispánicas y con ello el de su arquitectura, que casi desapareció para dar paso a principios existenciales y a modelos importados. La imposición del arquetipo de patios, que suplantó a la cabaña primitiva, y el esquema urbano de calles reticuladas, marcaron la llegada de la razón traída por los colonizadores. Aunque en su apariencia la choza es muy diferente a la casa de patios, el eje simbólico de conexión vertical se conserva; el cielo y la tierra se vuelven a encontrar a través del patio, ya no con sentido mágico, sino con una noción estética. La urgencia de construir las nuevas casas, la ausencia de mano de obra calificada y la falta de materiales llevó a los españoles a adoptar la tapia,⁴ el bahareque⁵ y la paja, lo que generó una arquitectura híbrida que añoraba la madre patria, mostrando que

³ Una doctrina era un pueblo de indios que se establecía en América y en las Indias Orientales como estrategia para facilitar la evangelización católica.

⁴ Sistema de construcción de muros con tierra arcillosa húmeda, compactada con un pisón dentro de un encofrado provisional de madera.

⁵ Sistema de construcción de muros con un entramado de madera o caña aglomerada y recubierta con barro húmedo.

la naturaleza simbólica de la casa está en el hecho de que muchos inmigrantes traen consigo su arquitectura e insisten en su uso, aunque, frecuentemente, no sea adecuada a la nueva área en que viven [...] es un pedazo del hogar y es, por lo tanto, familiar en términos simbólicos (Rapoport, 1969, p. 72).

Así lo deja ver este pasaje de la novela *Entrañas de niño*:

Un mi trisabuelo, español de la cepa, según cuentas, y de Las Encartaciones, a lo que entiendo, debió de reproducir en aquel caserón algún otro más o menos solariego, más o menos señorial; algo que le fingiese en la extranjera breña el lar paterno, la merindad querida, la patria vasca, a donde nunca jamás debía volver. Lo digo porque aquella vetustez es chapetona, genuinamente chapetona, en conjunto y al pormenor. Tiene partes de un piso, partes de dos; pavimentos de enormes ladrillos trenzados a la diagonal, o de bambas anchísimas, aseguradas con unos clavos que ni los de Cristo. El roble y la piedra campean por todas partes. Los pilarones, cuadrados, con talladitas en formas de tulipanes y de peras, terminan en zapatas desmesuradas, de tres travesaños, curvados a estilo arábigo; las vigas, biseladas y con relieves, llevan rosetas y modillones (Carrasquilla, 2008, p. 503).

Dentro de la temática de este artículo también cabe señalar que desde los albores de la villa, los medellinenses prefirieron las afueras para estar al tanto de sus minas, cultivos y ganados, así como por salud, pues ante la ausencia de hospitales, los médicos recomendaban las casas de campo para tratar a los enfermos:

Los más pudientes [...] preferían hacer buenas casas de campo, en las que residían la mayoría del año, así una modesta casa urbana era usada para “salir al pueblo”. En efecto, muchas veces las viviendas en estancias y haciendas eran de mejor aspecto que las casas pobladas (AMVA, 2010, pp. 19-20),

como el caso del “comerciante y minero Carlos de Molina y Toledo [...] que poseía una casa de tapia en la Villa, cubierta de paja, aunque vivía en su hacienda Fontidueño, con capilla, trapiche, la mina de la quebrada

El Espinal, 14 esclavos y 150 reses” (Rodríguez, 1992, p. 119). Esta costumbre, que aún pervive, ha generado flujos permanentes entre diferentes zonas del valle y hacia regiones cercanas, con frecuencias que van desde diarias hasta temporadas, especialmente en vacaciones:

La fiesta de Navidad se pasaba casi siempre en las casas de campo que tenían la mayoría de las familias de Medellín; estas estaban situadas en los alrededores de la ciudad, en las partes altas, con un clima más fresco, con magníficas aguas para el uso doméstico y para el baño, en quebradas de aguas cristalinas, nacidas en las cumbres de las montañas que bordean el valle. Esta costumbre de salir al campo estaba tan arraigada que durante los meses de diciembre y enero, fines de julio y principios de agosto, épocas de vacaciones escolares, Medellín se quedaba desierta (Bernal, 1980, pp. 68-69).

Como cierre interino: el momento republicano, el siglo xx y el nuevo milenio

El Medellín de las primeras décadas del siglo xviii no superaba los 5000 habitantes, pero hacia 1770 había unos 14000 (Bernal, 1980, p. 37 y Botero 1996, p. 7), incluyendo algunas poblaciones vecinas, y entre los residentes seguían apareciendo extranjeros, hasta belgas (Benítez, 1988, p. 41). Con la instauración de la renovación cultural borbónica en España hacia la segunda mitad de aquel siglo, en la Nueva Granada operó una transformación importante con tendencia francesa que influyó en la arquitectura, pero las viviendas del Valle de Aburrá mantenían sus características coloniales. Luego, con los movimientos independistas surgió un fenómeno comercial proveniente de Alemania, Suiza y Holanda que se sumó al colonialismo artístico italiano y al cultural francés, que trajo profesores, arquitectos, ingenieros y hasta prostitutas, añadido al vínculo cristiano, que provenía ya directamente del Vaticano. En la historia particular del valle se dio el trascendental hito del reemplazo de Santa Fe de Antioquia por Medellín como capital de la provincia en 1826; esto destrabó el desarrollo de la urbe y preparó la llegada de la denominada arquitectura

republicana gracias a los avances comerciales, que implicaron viajes de prestantes personalidades y negociantes a Londres, Manchester, París y Jamaica para importar toda clase de mercancías, y la posterior llegada de múltiples profesionales extranjeros de diversos países, historia que escapa a los alcances de este ensayo. La casa colonial recibió un universo embelesado en la decoración y la transformación superficial que mantenía el carácter numinoso enriquecido por una atmósfera llena de estímulos sensibles con colores, formas, flores, frutas, pinturas, muebles, pianos, vitrolas y toda clase de artefactos. El cielo, colado por los patios, seguía introduciendo la estructura sagrada del mundo, pues “el Cielo revela, por su propio modo de ser, la trascendencia, la fuerza, la eternidad” (Eliade, 1992, p. 103).

La denominada casa republicana amerita un texto extenso que podrá ser fruto de futuros trabajos, por lo pronto, y a manera de colofón, cabe anotar que, posteriormente, en el valle apareció la casa moderna a finales de la primera mitad del siglo xx, basada en el estereotipo del objeto cúbico implantado en medio de una parcela, y aunque en algunos casos contados incluía patios interiores, eran la excepción, borrando así la continuidad del esquema vertical simbólico de conexión con la Tierra y el Cielo. Unos pocos años después surgieron los edificios en altura, que aplanaron y horizontalizaron por completo la percepción espacial interior de las unidades de vivienda para dar la estocada final al eje vital levantado por la casa prehispánica, y reinventado por la colonial y la republicana. Esta última, así como la moderna y los edificios en altura, albergaron a propios, así como a inmigrantes, y algunos fueron diseñados o construidos por extranjeros que vinieron al valle, lo que también constituye tema suficiente para otros estudios. En la actualidad, siguen llegando migrantes al valle, que enriquecen el paisaje y el espacio doméstico, pero la casa, en todas sus variedades, es una especie en vías de extinción, y el tipo arquitectónico predominante es el de la torre, que posee condiciones simbólicas, geométricas y tectónicas completamente diferentes, produciendo edificios cada vez más anónimos y con características globalizadas.

Referencias

- Álvarez, V. (1996). Poblamiento y población en el Valle de Aburrá y Medellín. 1541-1951. En J. Melo (Ed.), *Historia de Medellín* (t. 1) (pp. 57-84). Compañía Suramericana de Seguros.
- Área Metropolitana del Valle de Aburrá (AMVA). (2010). *Patrimonio urbanístico y arquitectónico del Valle de Aburrá*. Área Metropolitana del Valle de Aburrá.
- Avellaneda, J. (1996). La vida cotidiana en la Conquista, En B. Castro, *Historia de la vida cotidiana en Colombia* (pp. 15-56). Norma.
- Benítez, J. (1988). *Carnero de Medellín y miscelánea de varias noticias, antiguas y modernas de esta villa de Medellín*. Secretaría de Educación y Cultura de Medellín.
- Bernal, A. (1980). *Miscelánea sobre la historia, los usos y las costumbres de Medellín*. Universidad de Antioquia.
- Botero, F. (1996). *Medellín, 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Universidad de Antioquia.
- Cardich, A. (2003). *Hacia una prehistoria de Sudamérica*. Universidad de la Plata.
- Carrasquilla, T. (2008). *Obras completas* (vol. 2). Universidad de Antioquia.
- Castillo, N. (1996). Las culturas indígenas prehispánicas. En J. Melo (Ed.), *Historias de Medellín* (t. 1) (pp. 47-55). Compañía Suramericana de Seguros.
- Castro, G. (1988). *Prospección y valoración del patrimonio arqueológico en el corregimiento de Pueblo Viejo*. Medellín, CORANTIOQUIA (inédito).
- Chávez, J. (2017). *Casa, hogar y cielo. Las tres miradas debreyanas sobre el espacio doméstico del valle de los aburráes*. Universidad Nacional de Colombia.
- Eliade, M. (1992). *Lo sagrado y lo profano*. Labor.
- Fiedel, S. (1996). *Prehistoria de América*. Mondadori.
- González, L. (2008). *Artesanos y maestros en la arquitectura de Medellín y Antioquia 1775-1932*. Universidad Nacional de Colombia.
- Piedrahita, J. (1975). *Documentos y estudios para la historia de Medellín*. Concejo Municipal.
- Rapoport, A. (1969). *Vivienda y cultura*. Gustavo Gili.
- Rodríguez, P. (1992). *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial 1675-1730*. Universidad de Antioquia.
- Santos, G. (2006). *Una tumba de cancel en el Valle de Aburrá, prospección y rescate arqueológico del área de la urbanización Álamos del Escobero, Envigado*. Vértice Ingeniería; Secretaría de Educación para la Cultura del Municipio de Envigado (inédito).
- Santos, G. (2010). *Diez mil años de ocupaciones humanas en Envigado*. Alcaldía de Envigado.
- Sierra, J. (1980). *Antioquia, pasado y futuro*. Politécnico Colombiano.



Lucy Orta, *Traces: Stories of Migration (Jess)*, 2022-2023. Lienzo, organza de seda, textiles diversos, lentejuelas, bordado a mano y a máquina, 90 × 90 × 4 cm. (Fuente: cortesía © Lucy + Jorge Orta, fotografía de JC Candanedo).

El hombre vive en el mundo como en su casa, en las otras el mundo es la intemperie

El hombre es comprendido desde el mundo pero el mundo no es comprendido desde el hombre